

Yasunari Kawabata

Un brazo y otros cuentos

Prólogo Álvaro Robledo





Seix Barral

Yasunari Kawabata

Un brazo

y otros cuentos

Traducción de Amalia Sato

UN BRAZO
(*KATA-UDE*)

—Puedo prestarte un brazo por esta noche —dijo la muchacha. Y desprendió desde el hombro su brazo derecho, lo tomó con la mano izquierda y me lo colocó sobre las rodillas.

—Gracias. —Me miré las rodillas. El brazo me transmitía su calor.

—Le pondré el anillo. Como una marca de que me pertenece —dijo y sonrió, y levantó el brazo izquierdo a la altura de mi pecho—. Por favor...

Con un solo brazo le costaba quitárselo.

—¿Es un anillo de compromiso?

—No. Un recuerdo de mi madre.

Era de plata, con pequeños diamantes engarzados.

—Tal vez parezca uno de compromiso, pero no me importa. Lo llevo, y cuando me lo quito es como si estuviera desprendiéndome de mi madre.

Le saqué el anillo. Levanté el brazo que tenía sobre las rodillas y se lo deslicé en el dedo anular.

—¿En este?

—Sí —asintió ella—. Si le doblara los dedos y el codo, se sentiría como un brazo postizo y no te gustaría. Te lo

dejaré como si estuviera en acción. —Tomó el brazo y suavemente posó sus labios en el codo, y también sobre las articulaciones de los dedos—. Así se moverán.

—Gracias —recuperé el brazo—. ¿Crees que me hablará? ¿Me dirigirá la palabra?

—Solo es capaz de hacer lo que hacen los brazos. Si llegara a hablar, sentiría miedo cuando me lo devuelvas. Pero inténtalo, de todos modos. Tal vez te escuche, si lo tratas con dulzura.

—Seré bueno con él.

—Hasta la vista —dijo, frotándolo con los dedos de su mano izquierda, como para transmitirle su espíritu—. Le perteneces pero solo por esta noche.

Cuando la miré, me pareció que se esforzaba por contener las lágrimas.

—Cuando llegues a tu casa, supongo que no intentarás cambiarlo por tu propio brazo —dijo—. Pero si quieres probar, adelante.

—Gracias.

Escondí el brazo dentro de mi impermeable y salí a las calles de la ciudad envueltas por la bruma de la noche. Temía despertar sospechas si tomaba un taxi o un tranvía. Habría un escándalo si el brazo, ahora separado del cuerpo de la muchacha, lloraba o profería una exclamación.

Lo sostenía contra mi pecho, apretando con la mano derecha la redondez de su nacimiento en el hombro. Estaba oculto bajo el impermeable, pero no podía evitar tocarlo de vez en cuando con la mano izquierda para asegurarme de que seguía allí. Probablemente, no me cercioraba de su presencia, sino de mi propia felicidad.

La muchacha me había hecho el favor de quitarse el brazo en el punto que más me gustaba. Era carnoso y redondo en el comienzo del hombro, en su parte superior. Algo propio de esta joven. La redondez de una hermosa muchacha occidental delgada, extraordinaria en una japonesa. Algo limpio y elegante como una esfera resplandeciente de luz fresca y tenue. Cuando ella perdiera su pureza, esa gentil redondez se marchitaría, se volvería flácida. Al ser algo tan breve en la vida de una muchacha hermosa, la turgencia del brazo me insinuó la de su cuerpo. Sus pechos no serían grandes. Delicados, lo bastante grandes para llenar las palmas de las manos, de suavidad y plenitud persistentes. Y en la redondez del brazo podía adivinar también el andar de sus piernas. Las movería grácilmente, igual que un pájaro pequeño o una mariposa trasladándose de flor en flor. Habría el mismo estremecimiento sutil en la punta de su lengua al besar.

Era la estación para llevar vestidos sin manga, y el brazo de la muchacha recién se descubría. Tenía el color de la piel poco habituada al rudo contacto del aire, el resplandor de un capullo humedecido al amparo de la primavera y no deteriorado todavía por el verano. Aquella mañana en la florería, yo había comprado pimpollos de magnolia que ahora estaban en un florero de cristal, y la redondez del brazo era afín a esos grandes pimpollos blancos. Su vestido sin mangas, de seda verde oscuro, casi negro, era de un brillo suave y dejaba la articulación del hombro al descubierto. La delicada inclinación de los hombros formaba una suave curva con la espalda y, vista oblicuamente desde atrás, la carne de los hombros redondos en el cuello largo y esbelto desaparecía en la base de

los cabellos peinados hacia arriba, y la cabellera negra proyectaba una sombra rutilante sobre su redondez.

Ella había intuido que la consideraba hermosa y se había quitado el brazo desde esa turgencia curva para prestármelo.

Cuidadosamente apretado bajo mi impermeable, el brazo de la muchacha estaba más frío que mi mano. Mi corazón desbocado me causaba vértigo, y rogaba que mi mano no le transmitiera su calor. Quería que el brazo conservara su fresca temperatura. Y el frío de su mano me rozó. Era como el de sus pechos, que nadie todavía había tocado.

La niebla se espesó más, la noche amenazaba lluvia y mi cabeza sin sombrero estaba mojada. Una radio que se oía desde la trastienda de una farmacia cerrada anunciaba que tres aviones, cuyo aterrizaje era impedido por la niebla, estaban sobrevolando el aeropuerto hacía ya media hora. Y advertió que en noches de tanta humedad los relojes podían estropearse, y que había que extremar los cuidados en cada hogar. Y también que no había que dar cuerda a los relojes hasta el final porque podía cortarse el mecanismo. Busqué las luces de los aviones que estaban dando vueltas pero no vi nada. No había cielo. La presión de la humedad en mis oídos producía un sonido húmedo, como el de millares de lombrices arrastrándose en algún lugar apartado. Me quedé frente a la farmacia, a la espera de más advertencias. Dijeron que, en noches así, los animales del zoológico, leones, tigres, leopardos y demás, rugían por su malestar con la humedad y que nos permitirían escucharlos, y hubo un bramido como un estruendo de la tierra. Y luego aconsejaron que las

mujeres embarazadas y las personas pesimistas se acostaran temprano en noches como esa, y advirtieron que las damas que perfumaran directamente su piel tendrían dificultades en eliminar después el aroma.

Al oír el rugido de las fieras ya había reiniciado mi marcha, pero la transmisión de la radio me acompañó hasta la noticia sobre el uso de perfume. Los bramidos me habían puesto nervioso, y seguí caminando para que mi inquietud no se transfiriera al brazo de la muchacha. Ella no estaba embarazada ni era pesimista, pero se me ocurrió que esa noche en que tenía un solo brazo debía tener en cuenta el consejo de la radio y acostarse temprano. Y le deseé un plácido descanso a la joven dueña del brazo.

Mientras cruzaba la calle, apreté mi mano izquierda contra la parte superior del impermeable. Sonó una bocina. Algo me rozó por un costado y se me retorció el cuerpo. Tal vez la bocina había asustado al brazo, pues los dedos estaban crispados.

—No te preocupes —dije—. Estaba muy lejos, la habrá hecho sonar como precaución.

Como sostenía algo importante, había mirado en ambas direcciones. El sonido de la bocina fue tan lejano que pensé que iba dirigido a otro. Miré hacia el lado del que provenía, pero no pude ver a nadie. Solamente vi las luces delanteras, que se convirtieron en una mancha de color violeta pálido. Un color extraño para luces. Me detuve en la acera y lo vi pasar. Conducía el automóvil una mujer joven vestida de bermellón. Me pareció que se volvía hacia mí e inclinaba la cabeza. Temí que fuera la muchacha que venía a recuperar su brazo y sentí deseos de empezar a correr, pero me di cuenta de que no podía

conducir con uno solo. ¿Acaso la mujer del coche habría visto lo que llevaba? El brazo de la muchacha y el sexto sentido de una mujer, o sea, alguien de su mismo sexo, se conectaban. Tendría que ser muy cauteloso para no enfrentarme a otra mujer antes de llegar a mi habitación. Las luces posteriores eran también de un color violeta pálido. No distinguí la carrocería. En medio de la niebla cenicienta, las manchas color lila se apagaron y se alejaron flotando.

—Conduce sin ninguna razón, sin otro motivo que el de manejar. Y mientras lo hace, desaparece —mascullé—. ¿Y qué llevaba sentado en el asiento trasero?

Nada, al parecer. ¿Sentir como algo lúgubre el hecho de que no hubiera nadie sentado atrás se debería a que llevaba ese brazo? En el coche conducido por aquella mujer viajaba la pegajosa niebla nocturna. Y algo que tenía su conductora había prestado a los faros un tono ligeramente violeta. Y considerar vana a la mujer que conducía el automóvil sola de noche, ¿sería por este brazo que yo llevaba? ¿Habría saludado la mujer al brazo de la muchacha desde su coche? En una noche así podía haber ángeles y ninfas por la calle protegiendo a las mujeres. Tal vez aquella joven no iba subida a un coche sino a una luz violeta. Su paseo no había sido en vano. Había espiado mi secreto.

Llegué al departamento sin encuentros ulteriores. Me quedé parado ante la puerta intentando captar alguna señal. La luz de un insecto pasó sobre mi cabeza y desapareció. Me di cuenta de que era demasiado amplia e intensa para ser de una luciérnaga y retrocedí cuatro o cinco pasos. Luego pasaron dos o tres luces semejantes a luciérnagas, que desaparecieron incluso antes de que la

espesa niebla las absorbiera. ¿Me habría rondado un fuego fatuo, una especie de fuego mortífero que me acompañaba en mi regreso? Pero en seguida entendí que era un enjambre de pequeñas polillas. Al pasar frente a la luz de la puerta, las alas de las polillas brillaban como luciérnagas. El resplandor era intenso, pero al ser polillas pequeñas podían imitar el de las luciérnagas.

Evitando el ascensor, me escabullí por las estrechas escaleras hasta el tercer piso. Como no soy zurdo, tuve cierta dificultad para abrir la puerta. Cuanto más lo intentaba, más temblaba mi mano, como dominada por la agitación que sigue a un crimen. Algo estaría esperándome dentro de la habitación, donde vivía solo, pero ¿acaso la soledad no es también una presencia? Esa noche había vuelto con el brazo de la muchacha y no estaba solo, y por eso, tal vez, la soledad allí acumulada me intimidaba.

—Adelante —dije, sacando el brazo de la muchacha del impermeable cuando por fin abrí la puerta—. Gracias por venir. Esta es mi habitación. Voy a encender la luz.

—¿Tienes miedo de algo? —pareció decir el brazo—. ¿Hay alguien aquí adentro?

—¿Crees que sí?

—Percibo cierto olor.

—¿Olor? ¿Será el mío? ¿No ves rastros de mi sombra allí arriba en la oscuridad? Mira con atención. Quizá mi sombra esperó mi regreso.

—Es un olor dulce.

—¡Ah!, las magnolias —contesté con alegría. Me alegró que no fuera el olor mohoso de mi soledad. Había puesto en agua los pimpollos de magnolia para recibir a mi especial huésped con alegría. Mi vista acostumbrada

a la oscuridad, incluso en plenas tinieblas, sabía dónde se encontraba todo.

—Permíteme que encienda la luz —dijo el brazo sin sombra de duda—. Aún no conozco tu habitación.

—Gracias. Me causará una gran satisfacción. Hasta ahora nadie más que yo ha encendido las luces aquí.

Acerqué el brazo al interruptor que hay junto a la puerta. Cinco luces se encendieron simultáneamente en el techo, sobre la mesa, junto a la cama, en la cocina y en el cuarto de baño. Mis ojos percibieron por primera vez lo intenso de la iluminación.

Las magnolias en el florero de cristal se habían abierto por completo. Por la mañana, eran pimpollos. Y como ya no los sostenían, había algunos estambres caídos sobre la mesa y esparcidos. Curiosamente, contemplé más los estambres que las flores. Mientras recogía uno o dos y los estudiaba, el brazo de la muchacha, que estaba sobre la mesa, empezó a mover los dedos como una oruga geométrica y a retener los estambres en la palma de la mano. Los tomé y fui a tirarlos al cesto de residuos.

—Qué olor tan fuerte. Me penetra la piel. Ayúdame —me pidió.

—Es cansancio. No ha sido un paseo fácil. Descansa un poco.

Puse el brazo sobre la cama y me senté a su lado. Lo acaricié suavemente.

—Qué bonita. Me gusta —el brazo debía referirse a la colcha, que tenía flores estampadas de tres colores sobre un fondo celeste. Algo demasiado llamativo para un hombre que vivía solo—. De modo que aquí es donde pasaremos la noche. Me mantendré en calma.

—Ah, ¿sí?

—Permaneceré a tu lado, como si no existiera.

La mano tomó la mía suavemente. Las uñas, cuidadosamente limadas, estaban pintadas de un rosa pálido. Y eran largas y sobrepasaban mucho la punta de los dedos. Al lado de las mías, cortas y gruesas, poseían una belleza formal extraña, como si no pertenecieran a un ser humano. Una mujer con unos dedos así sobrepasaba la mera condición humana. O acaso perseguía la feminidad en sí. Un caracol luminoso por el diseño de su interior, un pétalo bañado en rocío, pensé en los símiles triviales. Sin embargo, no recordé ningún pétalo o caracol cuyo color y forma se le parecieran. Eran las uñas de la muchacha, incomparables con otra cosa. Más traslúcidas que un delicado caracol, que un fino pétalo, las impregnaba un rocío de tragedia. Cada día y cada noche estaba entregado yo a pulir la trágica belleza de la mujer que penetraba mi soledad. Tal vez mi soledad, mi anhelo, entregados a sus uñas, contribuían a ese trágico rocío.

Posé su dedo meñique en el índice de mi mano libre, contemplando la uña larga y estrecha mientras la frotaba con la yema de mi pulgar. Mi dedo tocaba el extremo del suyo, protegido por la uña. Su dedo se encogió y su codo se dobló.

—¿Sientes cosquillas? —pregunté—. Claro que sí, ¿no?

Había dicho algo torpe. Al decirle que las yemas de los dedos de una mujer son sensibles cuando las uñas son largas, le había dado a entender al brazo que había conocido a otras mujeres.

Una de ellas, no mucho mayor que la muchacha que me había prestado el brazo, pero con mucha más expe-

riencia con hombres, me había enseñado que las yemas de los dedos, ocultas de este modo bajo las uñas, eran a menudo extremadamente sensibles, pues se adquiría la costumbre de tocar las cosas con las uñas, y no con las yemas, y por lo tanto estas sentían un cosquilleo cuando algo las rozaba. Al mostrar mi asombro ante este descubrimiento, ella continuó: «Si, por ejemplo, estás cocinando o comiendo, y algo te toca las yemas de los dedos, das un respingo sintiendo asco... Así es». ¿Era la comida lo impuro o la punta de la uña? Cualquiera cosa que tocara sus dedos le repugnaba por su suciedad. Su propia pureza dejaba una gota de trágico rocío bajo la sombra larga de la uña. Y cabía suponer que hubiera una gota de rocío por cada uno de los diez dedos. Era natural que, por esta razón, yo deseara aún más tocar las yemas de sus dedos, pero me contuve. Mi soledad me contuvo. Era una mujer de cuyo cuerpo no se podía esperar que tuviera muchos lugares sensibles. En cambio, en el cuerpo de la muchacha que me había prestado el brazo serían innumerables. Tal vez, al jugar con las yemas de los dedos de una joven así, ya no lo vería como un delito sino como un acto de afecto. Pero no me había prestado el brazo para cometer travesuras. No estábamos para jugar una comedia.

—La ventana está abierta —advertí. Y vi que la puerta de vidrio estaba cerrada, pero la cortina, sin correr.

—¿Algo nos espía? —preguntó el brazo de la muchacha.

—Solo un ser humano podría hacerlo.

—Aunque un humano espíe, no me vería. Si acaso hubiera algo espíandome, sería tu propia persona.

—¿La mía? ¿Cómo? ¿Dónde estaría?

—Muy lejos —dijo el brazo, cantando para consolar-me—. «Voy caminando, buscándome a lo lejos».

—¿Y llegas a encontrarte?

—Muy lejos —repitió el brazo.

Me pareció que el brazo y la propia muchacha se hallaban a una distancia infinita uno de otra. ¿Podría el brazo volver a la muchacha desde tan lejos? ¿Podría yo devolverlo tan lejos? El brazo reposaba tranquilamente, confiando en mí. ¿Dormiría la muchacha con la misma confianza tranquila? ¿No habría amargura, una pesadilla? ¿Acaso no había dado la impresión de contener las lágrimas cuando se separó de él? Ahora el brazo estaba en mi habitación, que la propia muchacha aún no había visitado.

La humedad nublaba la ventana, como si el vientre de un sapo se hubiera expandido sobre ella. La niebla retenía la lluvia en el aire, y la noche al otro lado perdía distancia, pese a estar envuelta en una lejanía ilimitada. No se veían tejados, no se oía ninguna bocina.

—Cerraré la ventana —dije, siendo la cortina, que también estaba húmeda. Mi rostro se reflejó en la ventana, más joven que mis treinta y tres años. Sin embargo, no vacilé en correr la cortina. Mi rostro desapareció.

De pronto se me presentó el recuerdo de una ventana del noveno piso de un hotel. Dos niñas vestidas con faldas amplias y rojas jugaban ante ella. Niñas muy parecidas con ropas similares, occidentales, tal vez mellizas. Golpeaban el cristal, empujándolo con los hombros y empujándose mutuamente. Su madre tejía, de espaldas a la ventana. Si la gran hoja de cristal se rompía o se desprendía de su marco, habrían caído y habrían muerto. Solo yo pensé en el peligro. La madre estaba totalmente

distraída. Lo cierto es que el cristal era tan sólido que no existía el menor peligro.

—Es hermosa —dijo el brazo desde la cama, cuando me aparté de la ventana. Quizá hablara de la cortina, cuyo estampado era el mismo que el de la colcha.

—¡Oh! Pero el sol la ha descolorido, estoy agotado. —Me senté en la cama y coloqué el brazo sobre mis rodillas—. Esto sí que es hermoso. Más hermoso que todo.

Le cerré la palma de la mano con mi mano derecha y, tomándole el hombro con mi izquierda, le doblé el codo y luego lo estiré. Y repetí la acción.

—Eres travieso —dijo el brazo, como sonriendo suavemente—. ¿Te diviertes?

—Tal vez parezca una travesura pero no me divierte en absoluto.

Una sonrisa apareció efectivamente en el brazo, cruzándolo como una luz. Era la misma sonrisa fresca de la mejilla de la muchacha.

Conocía esta sonrisa. Con los codos en la mesa, ella solía enlazar las manos con soltura y apoyar el mentón o la mejilla. Una conducta poco apropiada pero a la que dotaba de una cualidad sutilmente seductora. La redondez de los hombros, los dedos, el mentón, las mejillas, las orejas, el cuello largo y esbelto, el cabello, todo se conjugaba en un único movimiento armonioso. Al usar hábilmente el cuchillo y el tenedor, con el índice y el meñique doblados, los levantaba de modo casi imperceptible de vez en cuando. La comida pasaba por los pequeños labios y ella tragaba; yo, en lugar de una persona cenando, tenía una melodía incitante de

manos, rostro y garganta. La luz de su sonrisa fluyó a través de la piel de su brazo.

El brazo parecía sonreír porque, mientras yo lo doblaba, olas muy suaves pasaron sobre los músculos firmes y delicados para enviar ondas de luz y sombra sobre la piel tersa. Antes, cuando había tocado las yemas de los dedos bajo las largas uñas, la luz que lo bañaba al doblarse el codo había atraído mi mirada. Fue aquello, y no un impulso cualquiera de causar daño, lo que me incitó a doblarlo y estirarlo. Me detuve y lo contemplé extendido sobre mis rodillas. Luces y sombras frescas seguían pasando por él.

—Me preguntas si me divierto. ¿Te das cuenta de que tengo permiso para cambiarte por mi propio brazo?

—Sí.

—En cierto modo, me asusta hacerlo.

—Ah, ¿sí?

—¿Puedo?

—Por favor.

Oí el permiso concedido y me pregunté si lo aceptaría.

—Dilo otra vez. Di «por favor».

—Por favor, por favor.

Me acordé. Era como la voz de una mujer que había decidido entregarse a mí, no tan hermosa como la muchacha que me había prestado el brazo. Tal vez existía algo extraño en ella. «Por favor», me había dicho, mirándome. Puse los dedos sobre sus párpados y se los cerré. Su voz temblaba. «Jesús lloró. Entonces dijeron los judíos: “¡Miren cuánto la amaba!”». Había un error en decir «la» en vez de «lo». Era la historia del difunto Lázaro. Quizá por ser una mujer lo recordaba mal, o quizá la sustitución era

intencional. Las palabras, tan inadecuadas a la escena, me trastornaron. La miré con fijeza, preguntándome si brotarían lágrimas de sus ojos cerrados. Los abrió y levantó los hombros. La empujé hacia abajo con el brazo. «¡Me haces daño!», se llevó la mano a la nuca. Había una pequeña gota de sangre en la almohada blanca. Apartando sus cabellos, posé los labios en el punto de sangre que se iba hinchando en su cabeza. «No importa», se quitó todas las horquillas. «Sangro con facilidad al menor contacto». Una horquilla le había pinchado la piel. Un estremecimiento sacudió sus hombros, pero se controló.

Aunque creo comprender lo que siente una mujer cuando se entrega a un hombre, sigue habiendo en el acto algo inexplicable. ¿Qué es para ella? ¿Por qué ha de desearlo, por qué ha de tomar la iniciativa? Jamás pude aceptar realmente la entrega, aun sabiendo que el cuerpo de toda mujer está hecho para eso. Incluso ahora, que soy viejo, me parece extraño. Y las actitudes adoptadas por mujeres diferentes, si se quiere, o tal vez similares, o incluso idénticas. ¿No es extraño? Quizá la extrañeza que encuentro en todo esto es la curiosidad de un hombre más joven, o la desesperación de uno de edad avanzada. O tal vez una debilidad espiritual que padezco. La angustia de aquella no fue como la de otras en el acto de la entrega. Y ocurrió solamente aquella única vez. El hilo de plata estaba cortado; el plato de oro, quebrado.

«Por favor», había dicho el brazo, recordándome así a la otra muchacha; pero ¿eran realmente iguales sus voces? ¿No habrían sonado parecidas solo por la semejanza de las palabras? ¿A tal grado se habría independizado el

brazo del cuerpo del que estaba separado? ¿Y no eran esas palabras el acto de entregarse, de estar dispuesto a todo, sin reservas, responsabilidad o remordimiento?

Me pareció que si aceptaba la invitación y cambiaba el brazo con el mío, le causaría a la muchacha un dolor infinito. Miré el brazo que tenía sobre la rodilla. Había una sombra en la parte interior del codo. Me dio la impresión de que podría absorberla. Apreté mis labios contra el codo para sorber la sombra.

—Me haces cosquillas. Pórtate bien. —El brazo estaba en torno a mi cuello, rehuyendo mis labios.

—Justo cuando sorbía algo bueno.

—¿Y qué era?

No contesté.

—¿Qué bebías?

—El olor de la luz. De la piel.

La niebla parecía más espesa, incluso las hojas de la magnolia se veían húmedas. ¿Qué otras advertencias emitiría la radio? Me levanté de la cama y caminé hacia mi radio de mesa y me detuve. Escucharla con el brazo alrededor de mi cuello parecía excesivo. Pero sospechaba que oiría algo similar a esto: a causa de las ramas mojadas, y de sus propias alas y patas húmedas, muchos pichones han caído al suelo y no pueden volar. Los automóviles que estén cruzando un parque deben tomar precauciones para no atropellarlos. Y si se levanta un viento cálido, es probable que la niebla cambie de color. Las nieblas de color extraño son nocivas. Por consiguiente, los oyentes deben cerrar con llave sus puertas si la niebla adquiere un tono rosa o violeta.

—¿Cambiar de color? —murmuré—. ¿Volverse rosa o violeta?

Aparté la cortina y miré hacia afuera. La niebla parecía condensarse con un peso vacío. ¿Acaso era el viento la causa de esa oscuridad sutil, diferente de la habitual negrura de la noche? El espesor de la niebla parecía infinito y, no obstante, más allá se retorcía y enroscaba algo terrorífico.

Recordé que antes, mientras me dirigía a casa con el brazo prestado, los faros delanteros y traseros del automóvil conducido por la mujer vestida de rojo se difuminaban en la niebla. Una esfera grande y borrosa de tono violeta parecía aproximarse ahora a mí. Me apresuré a correr la cortina.

—Vamos a acostarnos.

Daba la impresión de que nadie más en el mundo estaba levantado. Lo único despierto esa noche era algo que infundía terror.

Después de quitarme el brazo del cuello y colocarlo sobre la mesa, me puse un kimono de noche limpio, de algodón estampado. El brazo me observó mientras me cambiaba. Me avergonzaba ser observado. Ninguna mujer me había visto desnudándome en mi habitación.

Cargando el brazo, me metí en la cama. Me acosté a su lado y lo atraje suavemente hacia mi pecho. Se quedó inmóvil.

Con intermitencias oía un leve sonido, como de lluvia, un sonido muy ligero, como si la niebla no se hubiera convertido en lluvia, sino que estuviera goteando ella misma. Los dedos entrelazados con los míos bajo la manta

adquirieron más calor, y la diferencia entre nuestras temperaturas me comunicó la más serena de las sensaciones.

—¿Duermes?

—No —respondió el brazo.

—Estabas tan inmóvil que pensé que te habrías dormido.

—¿Qué quieres que haga?

Abrí mi quimono y me llevé el brazo al pecho. La diferencia de calor me impregnó. En la noche algo sofocante, algo fría, la suavidad de la piel era agradable.

Las luces seguían encendidas. Había olvidado apagarlas al meterme en la cama.

—Las luces —me levanté, y el brazo se cayó. Me apresuré a recogerlo—. ¿Prefieres las luces apagadas? —Me dirigí hacia la puerta—. ¿Duermes a oscuras o con las luces encendidas?

El brazo no respondió. Tenía que saberlo. ¿Por qué no contestaba? No conocía las costumbres nocturnas de la muchacha. Comparé dos imágenes: dormida a oscuras o con la luz encendida. Decidí que esa noche, con el brazo, dormiría con luz. En cierto modo, yo también prefería dejarla encendida. Quería contemplarlo. Quería mantenerme despierto y mirar el brazo cuando estuviera dormido. Pero sus dedos se estiraron y apretaron el interruptor.

Volví a la cama y me acosté en la oscuridad, con el brazo junto a mi pecho. Guardé silencio, esperando que se durmiera. Ya fuese por insatisfacción o por temor de la oscuridad, la mano permanecía abierta a mi lado, y poco después los cinco dedos empezaron a recorrer mi pecho. El codo se dobló por propia iniciativa y me abrazó.

De la muñeca de la muchacha venía su pulso delicado. Reposaba sobre mi corazón de manera que los dos pulsos se hacían eco. El suyo era al principio un poco más lento que el mío, y al rato coincidieron. Y después solo sentía el mío. Ignoraba cuál era más rápido y cuál, más lento. Tal vez esta identidad de pulso y latido se debiera al breve lapso en que reposaron juntos. ¿Acaso estaría durmiendo? Una vez oí decir a una muchacha que las mujeres eran menos felices en las angustias del éxtasis que durmiendo pacíficamente junto a sus hombres, y jamás una mujer había dormido tan pacíficamente junto a mí como este brazo.

Era consciente del latido de mi corazón gracias al pulso que latía sobre él. Entre un latido y el siguiente, algo se alejaba deprisa y también muy deprisa volvía. Mientras atendía a los latidos, la distancia pareció aumentar, y por mucho que algo se alejara, por muy infinitamente lejos que se fuera, no encontraba nada en su destino. El próximo latido lo hacía volver. Era para asustarse, pero no tenía miedo. No obstante, busqué el interruptor que estaba junto a la almohada.

Antes de oprimirlo, deslicé la manta hacia abajo. El brazo dormía, ignorante de lo que ocurría. Una dulce franja de pálido blanco rodeaba mi pecho desnudo, y parecía surgir de la misma carne, como el resplandor que antecede a la salida de un sol caliente y diminuto.

Encendí la luz. Puse mis manos sobre los dedos y el hombro, y estiré el brazo. Le di unas vueltas en silencio, contemplando el juego de luces y sombras desde la redondez del hombro hasta la finura y turgencia del antebrazo, el estrechamiento de la suave curva del codo,

la sutil depresión en el interior del codo, la redondez de la muñeca, la palma y el dorso de la mano, después los dedos.

—Me lo quedaré.

No tuve conciencia de haber murmurado las palabras. En un trance me quité el brazo derecho y lo sustituí por el de la muchacha.

Hubo un ligero sonido entrecortado —no pude saber si mío o del brazo— y un espasmo en mi hombro. Así fue como me enteré del cambio.

El brazo de la muchacha, ahora mío, temblaba y se movía en el aire. Lo doblé y lo acerqué a mi boca.

—¿Duele? ¿Te duele?

—No. Nada, nada —las palabras eran vacilantes.

Un estremecimiento me recorrió como un relámpago. Tenía los dedos en la boca.

De algún modo proferí mi felicidad, pero los dedos de la muchacha estaban sobre mi lengua y no formé ninguna palabra.

—Por favor. Todo va bien —replicó el brazo. El temblor cesó—. Me dijeron que podías hacerlo. Y no obstante...

Me di cuenta de algo. Podía sentir los dedos de la muchacha en la boca, pero los dedos de su mano derecha, que ahora eran los de mi propia mano derecha, no podían sentir mis labios o mis dientes. Presa del pánico, sacudí la mano y no pude sentir las sacudidas. Había una interrupción, un hiato, entre el brazo y el hombro.

—La sangre no fluye —prorrumpí—. ¿Verdad que no?

Por primera vez, el miedo me atenazó. Me incorporé en la cama. Mi propio brazo había caído junto a mí. Separado, era un objeto repelente. Pero, más importante, ¿se

habría detenido el pulso? El brazo de la muchacha estaba caliente y palpitaba; el mío parecía frío y rígido. Con el brazo de la muchacha, tomé mi propio brazo derecho. Lo tomé, pero no sentí nada.

—¿Hay pulso? —pregunté al brazo—. ¿Está frío?

—Un poco. Algo más frío que yo, que estoy muy caliente.

Había algo especialmente femenino en la cadencia. Ahora que el brazo estaba sujeto a mi hombro y se había convertido en mío, parecía más femenino que antes.

—¿El pulso no se ha detenido?

—Deberías ser más confiado.

—¿Por qué?

—Has cambiado tu brazo por el mío, ¿verdad?

—¿Fluye la sangre?

—«Mujer, ¿a quién buscas?». ¿Conoces el pasaje? «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Muy a menudo, cuando estoy soñando y me despierto en plena noche, me susurro esto.

Esta vez, naturalmente, quien hablaba debía ser la propietaria del atractivo brazo unido a mi hombro. Las palabras de la Biblia pronunciadas por una voz eterna, en un lugar eterno.

—¿Le resultará difícil dormir? —Yo también hablaba de la muchacha—. ¿Tendrá una pesadilla? Esta niebla invita a perderse en miles de pesadillas. Pero la humedad hará toser hasta a los demonios.

—Para que no puedas oírlos —el brazo de la muchacha, con el mío todavía en su mano, cubrió mi oreja derecha.

Ahora era mi propio brazo derecho, pero el movimiento no parecía haber procedido de mi voluntad sino de la suya, de su corazón. Aunque la separación distaba de ser completa.

—El pulso. El sonido del pulso.

Escuché el pulso de mi propio brazo derecho. El brazo de la muchacha había acercado a mi oreja mi mano derecha, y tenía mi propia muñeca junto a la oreja. Mi brazo estaba caliente; como el brazo de la muchacha había dicho, solo un poco más frío que sus dedos y mi oreja.

—Te serviré de amuleto. —Traviesamente, con suavidad, la uña larga y delicada de su dedo meñique se movió en mi oreja. Sacudí mi cuello. Mi mano izquierda, la mía desde el principio, tomó mi muñeca derecha, que era la de la muchacha. Cuando eché atrás la cabeza, advertí el meñique de la muchacha.

Cuatro dedos de su mano asían el brazo que yo había separado de mi hombro derecho. Solamente el meñique —¿diremos que solo él podía jugar libremente?— estaba doblado hacia la palma de la mano. La punta de la uña apenas tocaba mi brazo derecho. El dedo estaba doblado en una posición factible únicamente para la mano flexible de una joven, impracticable para un hombre de articulaciones duras como yo. Se elevaba en ángulos rectos desde la base. En la primera articulación se doblaba en otro ángulo recto, y en la siguiente, en otro. De este modo trazaba un cuadrado, cuyo lado izquierdo estaba formado por el dedo anular.

Formaba una ventana rectangular al nivel de mis ojos. O más bien una mirilla o un antejo, demasiado pequeño para ser una ventana; pero por alguna razón pensé

en una ventana. La clase de ventana por la que podría mirar una violeta. Esta ventana del dedo meñique, este antejo formado por los dedos, tan blanco que despedía un débil resplandor, lo acerqué lo más posible a uno de mis ojos, y cerré el otro.

—¿Un mundo nuevo? —preguntó el brazo—. ¿Y qué ves?

—Mi oscura habitación. Sus cinco luces. —Antes de terminar la frase, casi grité—: ¡No, no! ¡Ya lo veo!

—¿Y qué ves?

—Ha desaparecido.

—¿Y qué has visto?

—Un color. Una mancha púrpura. Y en su interior, pequeños círculos, pequeñas cuentas rojas y doradas, describiendo círculos una y otra vez.

—Estás cansado. —El brazo de la muchacha dejó mi brazo derecho, y sus dedos me acariciaron suavemente los párpados.

—¿Giraban las cuentas rojas y doradas en una enorme rueda dentada? ¿He visto algo en la rueda dentada, algo que iba y venía?

Yo ignoraba si realmente había visto algo o solo me lo había parecido: una ilusión efímera que no permanecía en la memoria. No podía recordar qué había sido.

—¿Era una ilusión que querías enseñarme?

—No. Al final la he borrado.

—De días pasados. De nostalgia y tristeza.

Sus dedos dejaron de moverse sobre mis párpados. Formulé una pregunta inesperada.

—Cuando te sueltas el cabello, ¿te cubre los hombros?

—Sí. Lo lavo con agua caliente, pero después, tal vez una manía mía, lo mojo con agua fría. Me gusta sentir el cabello frío sobre mis hombros y brazos, y también contra los pechos.

Naturalmente, si hablara la muchacha, cuyos pechos nunca habían sido tocados por un hombre, sin duda le costaría describir esa sensación del cabello frío y mojado sobre ellos. ¿Acaso el brazo, separado del cuerpo, había perdido la timidez y la reserva?

En silencio posé la mano izquierda sobre la suave redondez de su hombro, que ahora era mío. Se me antojó que tenía en la mano la redondez, aún pequeña, de sus pechos. La redondez de los hombros se convirtió en la suave redondez de los pechos.

Su mano se posó con delicadeza sobre mis párpados. Los dedos y la mano permanecieron así, impregnándose, y la parte interior de los párpados se calentó a su tacto. El calor penetró en mis ojos.

—Ahora la sangre está fluyendo —dije en voz baja—. Está fluyendo.

No fue un grito de sorpresa, como cuando advertí que había cambiado mi brazo por el suyo. No hubo estremecimiento ni espasmo, ni en el brazo de la muchacha ni en mi hombro. ¿Cuándo había empezado mi sangre a fluir por el brazo, y su sangre, en mi interior? ¿Cuándo había desaparecido la interrupción del hombro? La sangre pura de la muchacha estaba fluyendo, en este preciso momento, a través de mí; pero ¿no habría algo desagradable cuando el brazo fuera devuelto a la muchacha, con esta sangre masculina y sucia corriendo por él? ¿Qué pasaría si no se adaptaba a su hombro?

—No quiero cometer una perfidia —murmuré.

—Todo irá bien —susurró el brazo.

No sentí el correr dramático de la sangre que iba y venía entre el brazo y mi hombro. Mi mano izquierda, envolviendo mi hombro derecho, y el propio hombro, ahora mío, tenían una comprensión natural del hecho. Habían llegado a conocerse. Este conocimiento los adormeció.

Me quedé dormido.

Flotaba sobre una enorme ola. Era la niebla envolvente cuyo color se había tornado violeta pálido, y había olas rizadas de un verde pálido en el lugar donde flotaba, y solo allí. La húmeda soledad de mi habitación había desaparecido. Mi mano izquierda reposaba ligeramente sobre el brazo derecho de la muchacha. Parecía como si sus dedos sostuvieran estambres de magnolia. Yo no podía verlos, pero sí olerlos. Los habíamos tirado, ¿y cuándo y cómo los recogió ella? Los pétalos blancos de un solo día aún no habían caído; ¿por qué, entonces, los estambres? El automóvil de la mujer vestida de rojo pasó muy cerca, dibujando un gran círculo conmigo en el centro. Parecía vigilar nuestro sueño, el de la muchacha y el mío.

Nuestro sueño fue ligero pero nunca había conocido uno tan cálido y dulce. Dormía siempre con inquietud y aún no había sido bendecido con el sueño profundo de un niño.

La uña larga, estrecha y delicada arañó suavemente la palma de mi mano, y el tenue contacto hizo más pesado mi sueño. Desaparecí.

Me desperté gritando. Casi me caí de la cama, y caminé tambaleándome tres o cuatro pasos.

Me había despertado el contacto de algo repulsivo. Era mi brazo derecho.

Mientras recobraba el equilibrio, contemplé el brazo que estaba sobre la cama. Contuve el aliento, mi corazón se disparó y todo mi cuerpo fue recorrido por un estremecimiento. Vi el brazo en un instante y al siguiente ya había arrancado de mi hombro el de la muchacha y colocado nuevamente el mío. El acto fue un asesinato provocado por un impulso repentino y diabólico.

Me arrodillé junto a la cama, apoyé el pecho y me froté el corazón con la mano recobrada. A medida que los latidos se calmaban, cierta tristeza brotó desde una profundidad mayor que lo más profundo de mi ser.

—¿Dónde está su brazo? —levanté la cabeza.

Yacía a los pies de la cama, con la palma hacia arriba sobre la manta en desorden. Los dedos estirados no se movían. El brazo débilmente blanco bajo la luz opaca.

Con un grito lo recogí y lo apreté con fuerza contra mi pecho. Lo abracé como se abraza a un niño pequeño a quien la vida está abandonando. Llevé sus dedos a mis labios. ¡Si de las largas uñas y las yemas de los dedos de la muchacha se escurriera el rocío femenino...!